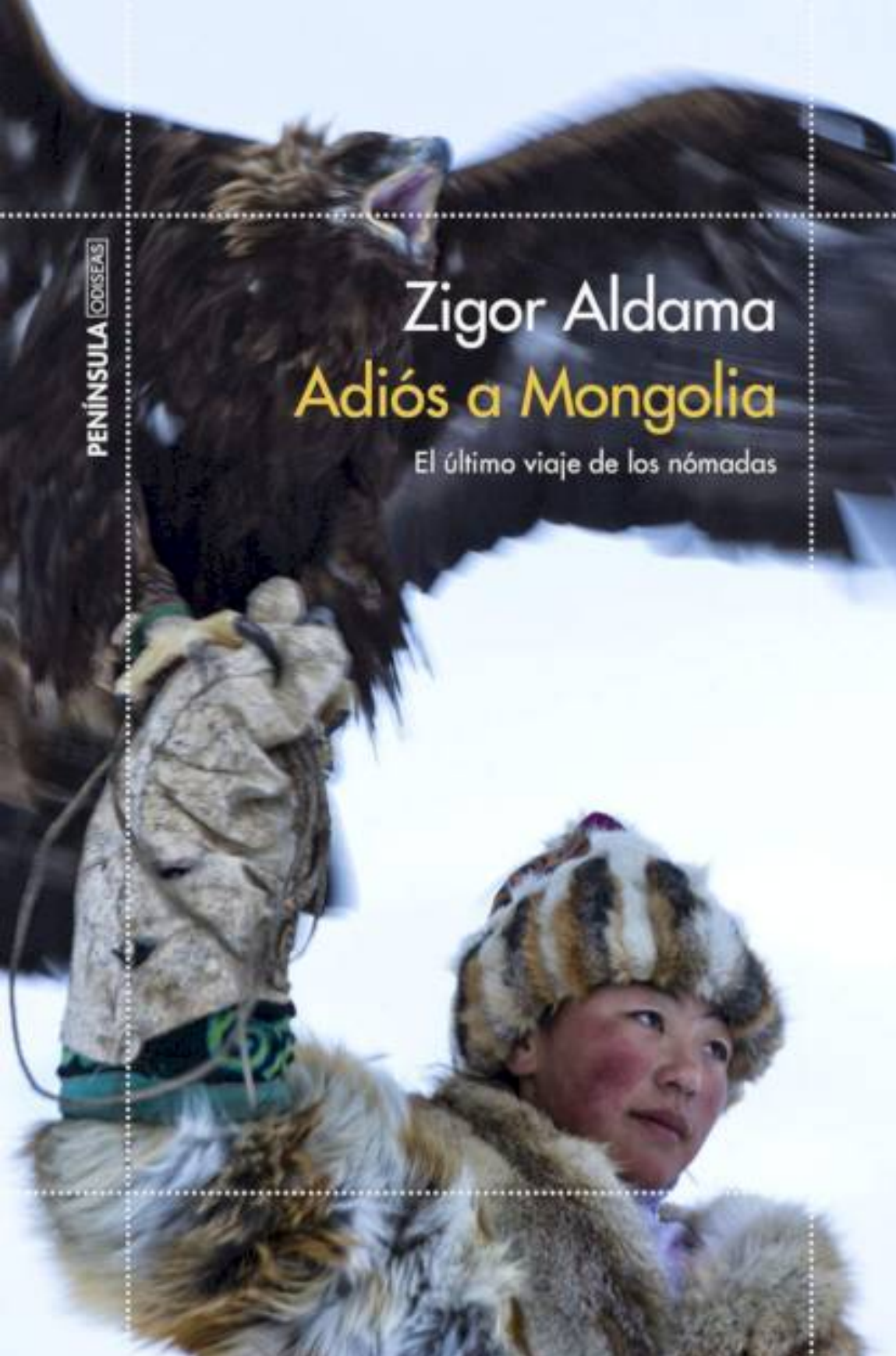


PENÍNSULA ODISEAS

# Zigor Aldama

## Adiós a Mongolia

El último viaje de los nómadas



## Índice

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Mapa
- Introducción: ¿Qué hago yo aquí?
- El transmongoliano
- La peor ciudad del mundo (2006)
- Primera parte. LOS NÓMADAS
  - Primavera (2006)
  - Verano (2014)
  - Otoño (2018)
  - Invierno (2015 y 2017)
- Segunda parte. EN TIERRA DE NADIE
  - Entre la naturaleza y el asfalto
  - Las guerras del oro
  - La esperanza del leopardo de las nieves
  - La cabra que tira de la economía
- Tercera parte. LOS URBANITAS
  - Donde mueren los sueños
  - Nazis antes que Hitler
  - El arcoíris luce más fuerte
  - La nueva Mongolia
  - El heavy metal del Kan
- Epílogo: Mongolia Interior, un cuento chino
- Agradecimientos
- Láminas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

Se estima que, cada año, unos 40.000 nómadas abandonan su estilo de vida tradicional y deciden echar raíces en alguna de las ciudades de Mongolia. Teniendo en cuenta que quedan unos 800.000 habitantes que aún se mueven de un lado a otro en busca de los mejores pastos para el ganado, esta forma de vida podría desaparecer en el país en el próximo medio siglo.

Después de haber convivido con una veintena de familias nómadas, y de haber entrevistado a muchos otros que han decidido probar suerte sobre el asfalto, este libro busca explicar las razones de este cambio radical, a la vez que permite al lector viajar por todas las zonas de Mongolia en las cuatro estaciones del año: el desierto del Gobi, la estepa central, las montañas del oeste, y la tundra siberiana.

Se acerca a las costumbres de minorías étnicas como la kazaja —cetreros que cazan con águila y entre los que las adolescentes protagonizan una pequeña revolución feminista— o la *tsaagan* que todavía se dedica a la cría de renos. Explora el polémico sector minero, en el que muchos buscan oro de forma ilegal, y el impacto del cambio climático y de la tecnología antes de centrarse en el nuevo estilo de vida que surge en las ciudades. En Ulán Bator, la capital más fría del mundo y una de las más contaminadas en invierno, se muestra la vida de quienes no han encontrado la riqueza que buscaban en la ciudad, explica el movimiento neonazi que surge debido a las tensiones con China, y explora tanto la apertura de miras que ha permitido el florecimiento del movimiento LGBTI como el auge de la nueva clase adinerada.

# Adiós a Mongolia

## Zigor Aldama

El último viaje de los nómadas

***ediciones península***

*Aita:  
Cómo me habría gustado que pudieses haber leído  
este libro, del que tantas veces hablamos.  
Este es el viaje que dejas pendiente.*







INTRODUCCIÓN  
¿QUÉ HAGO YO AQUÍ?



Todo empieza como algo divertido. La vieja camioneta rusa en la que viajamos se sacude con unos espasmos y se detiene con un suspiro que parece el último. Aunque la nube de vapor que sale del motor no hace presagiar nada bueno, nos miramos divertidos. El conductor resopla, sale al exterior y se rasca la coronilla. Como decide encenderse tranquilamente un cigarrillo, restamos importancia al asunto, pero cuando vuelve a entrar para abrir el compartimiento que esconde el motor, ubicado entre el asiento del conductor y el de su acompañante, niega con la cabeza y vuelve a resoplar frustrado. Por lo visto se ha roto un manguito y no tenemos un repuesto.

Es entonces cuando comenzamos a valorar nuestra situación con mayor perspectiva. Lo que sería un problema técnico sin mayor importancia en cualquier otra parte, aquí puede suponer una seria amenaza: estamos en medio del desierto del Gobi, un pedregal feo y monótono en medio de la nada, buscando una de las guarderías para niños nómadas de Unicef de cuya ubicación solo tenemos una idea vaga. Por si fuese poco, la escuela no es más que una yurta —en Mongolia la llaman *ger*— que se mueve de un lado a otro siguiendo a los nómadas. No hay señal de móvil y, como estamos en 2006, lo del GPS es todavía ciencia ficción para la mayoría de los mortales.

Mientras el conductor, un mongol robusto que aborta rápido cualquier intento de sonrisa, pone a prueba su ingenio mecánico con el escaso material que transporta en la parte trasera de la furgoneta, yo salgo a estirar las piernas. Echo un vistazo al reloj y calculo que quedan unas tres horas de luz diurna. No estamos en una carretera, palabra de

la que el diccionario mongol podría prescindir, y hace un par de horas que no nos hemos cruzado con ningún ser humano. Miro a mi alrededor y solo veo piedras.

Ya sabía que Mongolia es un país que triplica en superficie a España y que cuenta con menos población que la ciudad de Madrid. Al fin y al cabo, a los periodistas nos encantan estas comparaciones. Por si fuese poco, si restamos el millón y medio de habitantes que residen en la capital, Ulán Bator, nos queda apenas otro tanto repartido por 1.564.116 kilómetros cuadrados. No es necesario hacer cuentas para deducir que se trata del país con la menor densidad de población del planeta, pero no había pensado en lo que ese dato suponía hasta que me he visto en esta situación.

La camioneta ha dicho basta en Omnogovi. Es la provincia más extensa del país: ocupa una superficie mayor que la de Inglaterra, pero su población no llega a una cuarta parte de la de mi Bilbao natal. Calculo que, debido a lo llano del terreno, nuestra vista abarca un radio de unos 20 kilómetros. Incluso si caminásemos en busca de ayuda no llegaríamos a ninguna parte antes del anochecer.

Cojo la cámara para inmortalizar el momento y dar un paseo. Un objeto blanco y negro llama mi atención y camino hacia él. Pronto descubro que es la cabeza parcialmente descompuesta de una vaca. Todavía tiene pelo y algo de carne en torno a los cuernos, pero lo demás es ya una calavera tan limpia que incluso brilla. Me intriga que el resto del cuerpo haya desaparecido. El terreno es tan yermo que ni siquiera hay moscas dándose un festín, y, aunque ya hemos estrenado junio, comienza a hacer frío. Por la noche el mercurio se desplomará hasta coquetear con el territorio negativo. En ese momento, cada vez más encogido en mí mismo, me hago una pregunta que me asaltará muchas veces más en los seis viajes por Mongolia que darán cuerpo a este libro: «¿Qué coño hago yo aquí?».

Las hazañas edulcoradas de Gengis Kan siempre hicieron cabalgar mi imaginación cuando era pequeño, aunque se mezclaban en tiempo y espacio con las aventuras tropicales que Emilio Salgari ubicaba a miles de kilómetros de distancia y que mi madre utilizaba para encender en mí la pasión por la lectura. Ahora no sé qué es mejor, si temer el ataque de un tigre en las junglas de Malasia o quedarse tirado en el desierto de Mongolia.

La intérprete que nos acompaña está preocupada. Quizá pretenda calmarnos, pero mencionar a quienes han muerto en circunstancias similares no parece la mejor forma de conseguirlo. Por si no nos ha quedado clara la situación, detalla los diferentes peligros de conducir de noche. El principal son los agujeros que no se ven. Álex Cardona, el camarógrafo que me acompaña, y yo maldecimos no haber traído un hornillo de gas. Aunque tampoco tendríamos mucho que cocinar en él, porque solo vamos cargados de galletas, caramelos y botellas de vodka.

Ante el creciente nerviosismo de la traductora, prefiero escudriñar los gestos del conductor. A falta de cinta adhesiva, ha encontrado un bote de algo parecido a Super Glue y parece que va a hacer un apaño. No está claro cuánto durará, pero lo importante es que la camioneta arranca. Lo celebramos con un aplauso colectivo. Los buitres que a menudo vemos dándose un festín con los cadáveres de animales muertos ya pueden irse a otra parte.

Con el horizonte convertido en una línea de luz violeta y las estrellas brillando con creciente intensidad en el cielo, un punto de luz en la superficie llama nuestra atención. Un *ger*. Me siento como el náufrago que divisa un barco en el horizonte, aunque estamos en uno de los puntos más alejados del mar. No es la guardería que buscamos, pero sí el hogar de una familia que envía a sus dos hijas a este centro educativo móvil ideado para que los nómadas puedan escolarizar a sus hijos sin obligarlos a echar raíces. Después de asegurarnos de que los perros no nos destriparán a bo-

cados, la familia nos recibe con los brazos abiertos y pronto estamos durmiendo en el suelo de su yurta al calor de la estufa-cocina.

En los próximos trece años sufriré innumerables problemas mecánicos en lugares que Google Maps no sabe ubicar, el Super Glue volverá a salvarnos y me destrozará la espalda durmiendo en el suelo de decenas de *gers*. También tendré que hacer frente a los elementos y a la inclemencia de uno de los climas más duros de la Tierra, sobre todo cuando la temperatura en invierno cae hasta los 40 grados bajo cero. Pero Mongolia se convertirá también en el país al que siempre quiero regresar, y disfrutaré profundizando en una cultura y una sociedad tan fascinantes como amenazadas. Porque multitud de factores, desde la globalización económica hasta el cambio climático, han convertido a los nómadas mongoles en una especie en peligro de extinción.

La migración hacia las ciudades ha puesto en marcha un proceso de sedentarización que está propiciando una transformación social tan profunda como la que ha vivido China en las cuatro décadas que han pasado desde que decidió abrirse al mundo. Los cambios se aprecian fácilmente en poco más de una década, pero apenas reciben atención. Mongolia es uno de esos países que muy pocos son capaces de ubicar en un mapa y que únicamente tienen cabida en los medios de comunicación como fuente de folclore colorista.

Me he propuesto hacer todo lo posible para que no sea así. Y, sin duda, mi trabajo como corresponsal en Asia y residente en la ciudad china de Shanghái, lo ha facilitado. He descubierto que ese aparente desinterés se debe solo a un vacío informativo, muchas veces relacionado con la falta de medios por parte de la prensa, y que el esfuerzo sobre el terreno se recompensa con un espacio generoso en revistas y diarios, tanto españoles como internacionales. Pero

los reportajes que he ido publicando en los últimos 14 años se quedan cortos. Estas páginas pretenden ir un poco más allá.